

EL HOMBRE DEL FONDO

Adrián Bossio



Capítulo 1

El hombre del fondo

Un niño soñador, demasiado soñador, <<Vive en la luna, y más de cuando me separé>>, de tardes soñadas, de tardes de ese gran café con leche que le preparaba la tía mientras esperaba que su madre saliera de trabajar y lo pasara a buscar. Un niño de imaginación atravesadora. De pie, detenido al final del pasillo, la puerta al patio estaba cerrada, las gruesas cortinas tapaban el ventanal y ni una gota de sol ingresaba a esos pisos. Pero su atención se centraba a su derecha, ni al corto pasillo, ni a los viejos estantes repletos de cachivaches, ni a alguna araña reposando en su tela, solo en esa sábana haciendo de cortina, mal colgada para tapar un cuarto incierto. La luz que seguramente entraba por algunas ventanillas superiores en su interior iluminaba esa tela, exponiendo sus deslucidos ornamentos florales. Pero en el medio se proyectaba una difusa y confusa sombra, parecía una silla, pero no le preocupaba la silla en sí, sino lo que parecía estar encima de ella. No podía darle forma, pero tampoco podía evitar la inquietud.

<<¿Qué hay allá atrás?>> Se animó un día a exteriorizarla.

<<Un hombre. Allí adentro vive un hombre. No vayas a entrar que te puede agarrar>> Recibió como inesperada e inquietante repuesta.

A partir de ese momento la sombra fue tomando forma. Cada centímetro del contorno difuso empezaba a tener sentido. Del baño era la última puerta del pasillo. No podía evitar antes de entrar dar unos pasos demás y contemplar la misteriosa sombra proyectada sobre la vieja sábana. La difuminada figura desosegaba sus atardeceres, sus recreos, sus pensamientos. El miedo le impedía acercarse por demás del límite de lo desconocido. Incompresiblemente avanzó, unos pasos demás, unos centímetros demás, demasiado cerca, inevitable le fue no estirar el brazo y alcanzar con la mano. Inmediatamente la exaltación. Un brusco despertar, rezumando transpiración por doquier, con respiración alterada. Tarde tras tarde, el mismo duelo entre la curiosidad y el miedo. Por las noches, sueño tras sueño la infinitésima distancia a la cortina se hacía más diminuta y tangible. Si bien no terminaban de ser simples sueños, el límite se tornaba ambiguo. A tal punto que dudaba si estaba jugando con los primos realmente o era uno más de sus sueños. Aquella tarde, tan real como incomprensible, jugaban en el patio, la mano se dio en el bolsillo y el hecho inverosímil, la presencia de un billete que no podía explicar. O sí, un sueño más en la que la ilusión juega nuevamente con él. Decide desobedecer y aprovechar hasta lo último de ese mundo onírico.

<<No vayan a salir solitos por ahí, y no le abran a nadie.>>

Les impregnaba constantemente la tía antes de dejarlos solos.

Mas esta vez era diferente. Extrañamente diferente.

Se alejaban las risas y las voces de Joaquín y Elenita desde el patio. Caminó por el comedor con la tele encendida con la sensación de

estar flotando por el aire espeso. No sentía el suelo áspero que algún día le iban a poner algo como la gente. Los rayos finales de la tarde ingresaban a borbotones por la ventana atiborrada de manoseos encumbrando mágicos haces de polvo chispeantes. Resultándole, si por acaso, un mero pasaje a la puerta de salida. Y la llave estaba puesta como en la realidad. Y las dos vueltas las efectuó, y los rayos entraron en ráfagas saturándolo, pero su subconsciente se volvió, y lo siguió, atravesado el pasillo, fue cuestión de encarar para el sentido opuesto. Una fuerza misteriosa lo subyugaba, lo trasladaba como a un cordero. Parado nuevamente ante la proyección misteriosa. El aproximamiento a la cortina y su manita en contacto, sintiendo la tierra. Los detalles de los dibujos lo estremecían. Tal como un títere manejado por alguien oculto en el más allá, observó su mano decidida apartando el último estorbo al misterio que le carcomía la mente. Y en la otra aún sosteniendo el mágico billete con el que traería unos caramelos del kiosco de la vuelta.

Y el límite cruzó. Los minúsculos pormenores de la escena fueron tan abrumadores como la imagen misma. Destellos de partículas flotando en aires rancios. Un espacio ataviado en cachivaches y tierra. Y en medio de todo... la figura de ese que parecía mirarlo, no mirando nada. Posando como un muerto desgraciado que lo habían sentado en una destartada silla de otra época, pero sentía su existencia, su hedor. Con su boina y su traje de hilachas y pelusas. Su figura contrastando con la luz de las ventanillas, allá, a lo alto.

Por aquellos días lo buscaron por todo el barrio y más allá aún, por su casa, en todos los detalles. La policía indagando por todo el vecindario. Al kiosco nunca había llegado. Buscaron en la casa de su tía, en cada rincón. Y los datos no afloraban, jamás lo hicieron. Incluso buscaron en ese cuarto cubierto de cachivaches donde en medio, posaba una destartada silla sosteniendo en su respaldo, una roñosa frazada, donde quizás descansó aquel hombre del fondo.

FIN